

Pequeñas crónicas rojas. En la tierra del nunca jamás

Iván Gómez Muñoz

Anybody with a heart votes love.
Fluke

Todo se había ido al infierno cuando los hombres y los caballos del rey no pudieron armarlo otra vez. Recibí la llamada mientras terminaba de leer el telegrama.

*Tu madre está enferma. No es grave. Recuperación pronta. Te queremos.
Tu padre.*

Le di merecida atención al telegrama, lo arrojé a la basura y tomé mi cámara camino a la muralla antes del circo de los *paparazzis*. Después de todo, yo no fui quien tomó las fotos de la Reina de corazones sin su vestido de baño mientras se bronceaba al sol del rostro de bebé en medio de su luna de miel con Ricky Ricón. Los policías censuraban igual a todo ojo de cristal.

Mala suerte, Cíclope.

La cinta amarilla cubría el perímetro restringiendo el paso, y el comisionado Gordon daría rueda de prensa:

“Humpty Dumpty se sentó en el muro,
Humpty Dumpty se cayó.”

La historia no terminaba ahí, mi instinto me decía. Conocí al sujeto y a pesar de su gran volumen no era torpe. Comenzó a rebajar unos kilos con la operación del *bypass* gastrointestinal, de la cual Miss Piggy tanto negaba por su nueva silueta. Los C.S.I. recogieron los restos de cáscara, y cuando todos se fueron me senté en el muro.

“¿Acaso va a reconstruir el accidente...?” me preguntó el insulso de Clark Kent.

“¿Por qué mejor no se va a inventar más historias sobre el chupacabras que atacó al corderito de Mary? Además, no fue un accidente”, le dije para que no me molestara.

“¿Qué quiere decir con eso?”, me volvió a preguntar.

“A los policías se les olvidó revisar el otro lado del muro. Con mi teleobjetivo pude ver las marcas en el césped de la presión de una escalera.”

“Y, ¿eso que tiene que ver?”

“Dumpty subió por este lado”, le señalé donde estaba parado.

“Lo que quiere decir que alguien lo empujó...”

“Esa es mi teoría.”

El superidiota salió a gran velocidad a robarme la historia. Si tuviera instinto exacerbado como el Hombre Araña, sabría el resto, pues olvidé mencionarle otra observación. Desde donde se sentaba Dumpty se podía observar el zapato donde vivía la anciana con tantos niños que no sabía qué hacer.

Al tocar a la puerta escuché un gran alboroto dentro del zapato, y por la diminuta ventana alcancé a vislumbrar un relámpago de cuero.

“¿Jack?”, dijo uno de los niñitos cuando abrió la puerta.

“No, no soy Jack, ¿lo estás esperando?”, le dije mientras veía en el fondo a la anciana que llevaba a todos los niños a sus camas con tiernos flagelos.

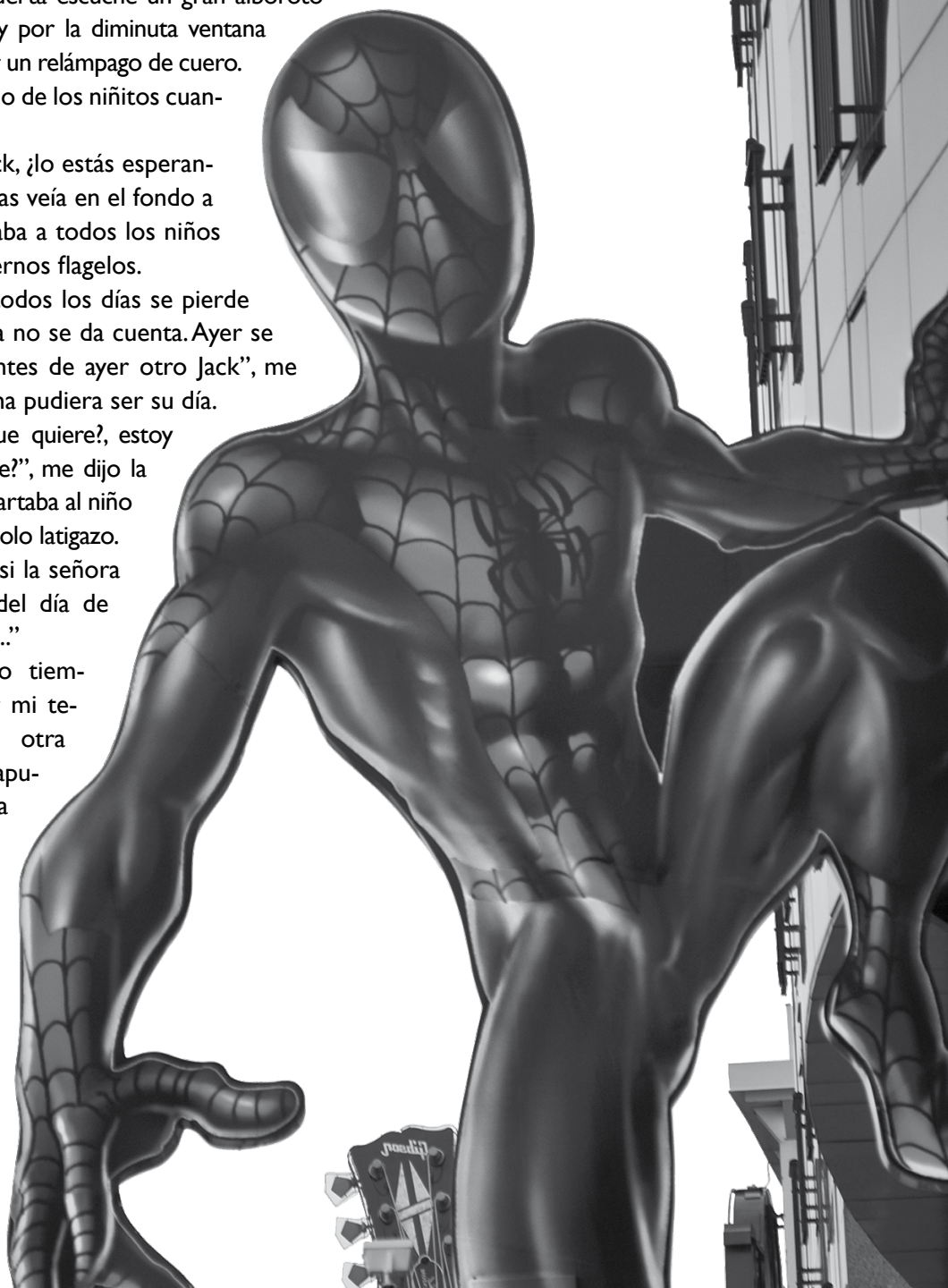
“Sí, pero aquí todos los días se pierde un niño y la señora no se da cuenta. Ayer se perdió una Jill y antes de ayer otro Jack”, me dijo como si mañana pudiera ser su día.

“¿Qué es lo que quiere?, estoy ocupada, ¿que no ve?”, me dijo la anciana mientras apartaba al niño de la puerta de un solo latigazo.

“Quería saber si la señora vio algo extraño del día de hoy. Hubo un hom...”

“No he tenido tiempo siquiera de ver mi telenovela... ¿Alguna otra cosa?”, respondió apurada, molesta por la intromisión.

“Sí, uno de sus niños mencionó que desde hace algún tiempo han desaparecido niños. ¿Está consciente de ello?”



Me contó, entre calmantes y antipsicóticos, los enormes pasos de su vida, desde sus días de fama, su adicción al juego y las carreras de pequeños ponis

“En primer lugar, no son mis niños, sólo vivo con ellos. Y en segundo lugar, tengo tantos que no puedo estar pendiente de todos a la vez. A lo mejor se esconden o cuando crecen se van.”

Si me acorralan en un callejón sin salida voy a Woody's. En el itinerario aparecen Jessica Rabbit, Rapunzel y Electra, mas el *striptease* puede esperar. En la barra me siento al lado del Juez Dread, aferrado a la botella tras su deshonrosa expulsión de la policía por aceptar sobornos de José Cario-ca, reconocido narcotraficante mexicano.

“¿No estás frente a la tarima en una noche como esta?”, dije sin saludar.

“Aquí todas las noches son como esta noche. ¿En qué te puedo ayudar?”

Hice un ademán para indicarle a Barman que le diera al juez otro trago. “Necesito algo con relación al Dumpty.”

“El huevo se cayó, fue un accidente.”

“Eso es lo que todos dicen, pero para mí alguien lo empujó. Si no sabes, entonces ¿tienes algo sobre los niños de la anciana en una Bota?”

“Sólo sé que no quieres saber nada al respecto. No vale la pena, a menos que quieras ser corresponsal en el infierno.”

“Conmigo no tienes nada por perder, solo una fuente de ingresos y un trago de vez en cuando.”

“Te voy a referir a una rana. Sólo canta cuando no hay nadie alrededor, ten cuidado de no dejarte seguir por nadie.”

“Todavía eres la ley, hombre. Gracias.”

“Así se han ido presidencias a la alcantarilla”, me dijo envuelto en las sombras donde sólo podía distinguir un bastón y un sombrero de copa.

“¿Acaso hasta dónde llega esto?”, le pregunté mientras unas luces destellaron por todo el parqueadero.

La Rana empezó a croar y no volvió a incorporarse hasta cuando las luces se alejaron, “Casi. A la policía le tienen un tapón de la boca al culo. Si va a sacar esto a la luz debe prepararse a perder la inocencia.”

“Los corruptos y sus andanzas no me asustan, de otro modo sería astronauta o vaquero.”

“Este asunto es un agujero negro..., un agujero negro y revelaciones”.

La Rana me había dado un nombre: Barney, el dinosaurio.

Hay tipos enfermos en este mundo..., y este lagarto púrpura había sido enviado a la unidad psiquiátrica de la correccional estatal por violar a la pandilla de los Teletubbies. No es que los pequeños bastardos no se lo merecieran, pero la historia recorrió todos los medios por su bestialidad.

El pederasta estaba como un fósil frente al televisor. Me contó entre calmantes y antipsicóticos los enormes pasos de su vida, desde sus días de fama, su adicción al juego y las carreras de pequeños ponis, hasta cuando comenzó a desarrollar una insana fascinación por menores de edad. Había un lugar que pocos conocían, donde perversos como él podían satisfacer sus obsesiones. Una casa hecha de dulce donde una bruja vendía horas de sexo con Hansel y Gretel, Ricitos de oro y las Chicas Superpoderosas, entre otros. Tan interesante era el servicio como su clientela, entre políticos y otras personalidades con suficientes billetes para quemar en piras de depravación. Don Gato y El Fantasma del Espacio, Elmer Gruñón; un nombre eclipsó a los otros no por su importancia sino por su relación con otro nombre de mayor envergadura. Pinocho, el joven hijo del Gobernador Geppeto, quien pronto lanzaría su candidatura presidencial.

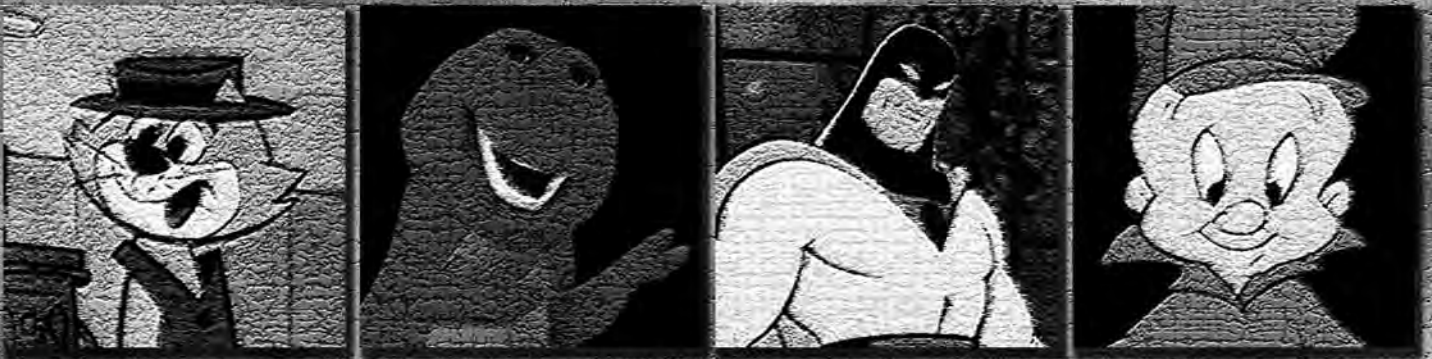
Si no fuera por el cierre del antro, Barney habría mantenido a raya su impúdica hambre y no habría cometido los terribles actos por los cuales perdió su libertad.

El lugar había dejado una larga lista de clientes hambrientos, y por tanto valía la pena verificar el tiempo libre de cada uno.

Papá no quería darme el teléfono del médico, no necesitaba hablar con él, aparentemente. Pasaría mañana por la noche a visitar a mamá, le dije a mi viejo, pero me respondió que no era necesario. Tomé otro trago de cerveza y colgué el teléfono impaciente con la actitud de mi padre.

Me senté en el sofá frente al televisor para ver una nota de la Rana René sobre los músicos de Bremen..., sexo, drogas y rock & roll. Quiso enfocarse sobre el burro y su tórrido amorío con Josie de las gatimelódicas, pero los laureles iban al gato cuya relación homosexual con Pepé Le Pew había casi destruido al grupo.

SE BUSCAN:



GRAN RECOMPENSA



CENSURADO

Escuché un ruido en el pasillo y encontré una nota debajo de la puerta. Abrí a un corredor vacío. Por la ventana vi que en la calle no había mayor movimiento: un par de autos y una pandilla de chicanos vendiendo drogas. Pude reconocer a Speedy González, fan de las anfetaminas, y a su primo, fan de los antidepresivos, Lento Rodríguez, quien traía pistola.

“Si sigues escarbando vas a encontrar tu propio cadáver putrefacto, imbecil”, rezaba la clara amenaza. No era la primera ni sería la última, sólo otra tara de la profesión.

Al día siguiente en la oficina, Peter Parker llegó con las fotos de la increíble y triste historia de la Caperuza Roja y su abuela desalmada, quien la obligaba a prostituirse por comida. Lo felicité y le dije que se las llevara al jefe. Mientras esperaba la llamada de otro informante recogí del escritorio un diario sensacionalista con típicas noticias de extraterrestres, como la acusación a Marvin el marciano por mutilar las ovejas de la pequeña Bo Beep.

Apretaba el teléfono contra mi oreja antes del fin del primer timbre. Al parecer todos los sospechosos habían conseguido otros pasatiempos menos lícitos pero igual de improductivos. Don Gato había comenzado a arreglar peleas de perros; y mi espía asistió a una de las más sangrientas entre Pluto y Scooby Doo. Todos tenían su coartada, excepto uno: Pinocho. Al parecer, los jueves se reunía sin falta con los ‘asociados’ de un gángster de poca monta en una bodega en la zona industrial. Mi espía no pudo acercarse más por el riesgo, lo cual me dejaba a mí el trabajo sucio, justo esta noche cuando se volvieran a reunir.

Penélope Pitstop se acercó a mi escritorio para invitarme a un desfile de modas esta noche. “Se trata de la última colección de abrigos de Cruella DeVil. Todo el mundo va a estar allá, incluidos la pareja de diseñadores Beto y Enrique, quienes presentarían el nuevo traje del emperador”.

“Aún quisiera ir a ver a esos dos babearse frente a todo el mundo, pero no puedo ir. Tengo un trabajo por hacer y quedé de visitar a mis padres”, le digo decepcionado al aplazar el deseo de enredarme entre su larga cabellera rubia.

“Está bien, otro día será”, me dice mientras se aleja con un coqueto contoneo.

Le di al taxista la dirección de la bodega en un pedazo de papel. Todavía era temprano y no había nadie alrededor. Me instalé en una de las partes altas cubierto por las sombras y me senté a esperar al compás de Los Banana Splits con los audífonos de mi *walkman*.

Cuando empezaba a dormirme unas luces inundaron por un segundo todos los rincones de la bodega. Dos automóviles habían llegado hasta la entrada. Miré el reloj y ya pasaba la una la mañana. El tímido cabeceo resultó ser una siesta de varias horas. Mis padres debieron decepcionarse, así no me esperaran.

Entraron primero Pinocho y un par de guardaespaldas, Fonzie y Yogi, dos antiguos osos luchadores. Después entraron unos pitufos y con ellos Magilla Gorilla cargando a unos niños en sus hombros. Pinocho entró con los niños a unas oficinas mientras el resto vigilaba. Pude tomar fotos todo el tiempo gracias a los ensordecedores gritos de los menores de edad.



Por vez primera las plegarias no atendidas me salvaban el pellejo.

Después de una hora, Pinocho salió sucio y bañado en sudor, y le dijo algo a los pitufos mientras se retiraba. Los pitufos entraron a la oficina y unos truenos relampagueantes acallaron los gemidos de los infantes para siempre. Esperé a que todos salieran, el gorila de últimas con un par de costales manchados de rojo. Caminé por un buen tiempo hasta encontrar una vía principal por la cual pasara algún taxi, y encontré varios círculos de prostitución, entre los cuales estaban algunos de clase alta, donde supermodelos se vendían al mejor postor, como la narcoléptica de la Bella Durmiente y la Mujer Maravilla cuyo lazo dorado era el fetiche más codiciado. Lamenté no haber traído más película fotográfica, e hice una nota mental del lugar para volver otro día.

Llegué al apartamento con la puerta abierta y la cerradura forzada. Entré pegado a la pared con movimientos lentos en busca del intruso. La luz del baño estaba encendida con la puerta entre abierta. Pateé la puerta y el juez Dredd estaba encadenado al inodoro con la sangre cubriendo su rostro. Me acerqué porque al parecer todavía respiraba. Pegué el oído a su boca y, con un último aliento, me dijo: “Lo siento.”

Desperté mareado con un fuerte dolor de cabeza. No entendí qué pasaba hasta después de un largo rato, cuando mis ojos se enfocaron entre la oscuridad de lugar. Me mecía en el hombro del gorila mientras transitábamos por una casa de crack rodeados de adictos sin conciencia sobre la realidad. Gritaba con todas mis fuerzas pero el ratón Mickey y Tribilín, ojos vacíos, no podían ver más allá de sus narices. Me amarraron a una silla y me silenciaron con un juguete sexual. Nadie hablaba o amenazaba. Al cuarto entraron unos pitufos y tras ellos entró Papá Pitufu, jefe de la banda.

“Espero no haberlo incomodado demasiado. No es el mejor lugar para hablar, pero al menos nadie nos va a molestar”, me dijo como si estuviéramos en un café.

“¿Qué demonios quiere?”, le pregunté tan pronto removieron el juguete de mi boca.



“El rollo fotográfico y cualquier otra evidencia de lo que pasó anoche en la bodega”.

“¿Y qué si no se lo quiero entregar?”, abusé de mi suerte.

“Entonces mis asistentes lo golpearán hasta que el daño cerebral sea permanente.”

No tenía otra opción. No me matarían, mi desaparición no podría pasar desapercibida, “Está en mi bolsillo derecho y eso es todo”.

“Cuando Geppeto llegue a la presidencia, voy ser el titiritero, y nadie, mucho menos un cagatintas se va a interponer. Una sola palabra de esto a cualquiera, así sea a su mascota y será el hombre más solo en la tierra porque vamos a eliminar a cualquiera, amigos y familia.”

No dije nada, y asentí con entendimiento. Papá Pitufo salió con el resto de su gente y permanecí entre drogadictos a la espera de ser desatado. Una *junkie* me liberó tras prometerle el contenido de mi billetera.

Mamá siguió enferma. No pude visitar a mis padres por temor a involucrarlos.

A la semana siguiente salió en el periódico de la competencia un artículo sobre Geppeto. Junto a El Zapatero poseía fábricas en el extranjero donde duendes manufacturaban zapatillas tenis por un sueldo de esclavos. Al arruinarse la carrera política del senador, publiqué sin temor mis hallazgos. Ni los vampiros del Concejo Distrital, Blade y el Conde Contar entre ellos, podrían evitar el arresto del hijo del senador, a quien tanto le debían. Pinocho iría a la cárcel junto con los pitufos y sus horribles patrocinadores.

Estaba en el baño cuando el periódico se deslizó bajo la puerta. En el afán por recogerlo manché mi ropa interior. Abrí el periódico para buscar mi artículo, pero no lo encontré. En su lugar había un obituario.

Todo este tiempo había fabricado mi caída.

Madre había muerto a pesar de todo.

A pesar de la negación de mi padre, de todos sus cuentos de hadas y de sentarme por horas frente a la televisión.

Yo tenía diez años y entonces lo supe, algún día también iba a morir. ■